

ren (1),» todo el mundo advertirá cuánto la aptitud de este remedio difiere de la eficacia, y cuán absurdo es pretender que se tome, contra toda razón, la eficacia por la aptitud.

203. Lo que acaba de decirse es extrínseco al texto objetado. Examinándolo cuidadosamente, ofrece una contestación nueva y más precisa. Vemos en él, en efecto, que Hoffmann recomienda la leche como debiendo ser empleada, no sin medida, sino con prudencia, para que pueda curar. Este texto no ha sido bastante meditado (2): «Todo el secreto para curar ó mitigar una enfermedad, consiste en el justo y prudente uso de la leche. Si una persona no sabe usar con discreción de los alimentos ó de los remedios, se causa más mal que bien.» Luego, para explicar su opinión añade (3): «Para seguir de una manera segura y eficaz el tratamiento con la leche sola ó mezclada con las aguas minerales, es de todo punto preciso tomar las siguientes precauciones: 1.º Examinar cuidadosamente si el estómago es bastante fuerte para digerir y luego arrojar este medicamento.» A esta principal condición que hemos reproducido al pié de la letra, y que se encontrará de nuevo más abajo, añade: 2.º que es preciso previamente purgar al enfermo con medicinas particulares; 3.º prescribe la leche de burra ó de mujer, su cantidad y la hora de beberla; 4.º al cabo de seis ú ocho dias es preciso, dice, purgar de nuevo al enfermo con laxantes. 5.º Enumera los alimentos de que deben usar ó abstenerse. 6.º Por último, ordena excitar con el elixir balsámico el poder digestivo del estómago, casi siempre debilitado.

204. Haciendo el elogio de este tratamiento que recomienda Hoffmann, nuestro adversario no habia de separarlo de las condiciones requeridas por este médico, ni atribuir al uso cualquiera de la leche una virtud cuyo secreto consiste exclusivamente en una justa y prudente medida. Hoffmann nos advierte que descuidando esta precaución la leche es más perjudicial que bienhechora. ¿Cuál de dichas precauciones se observó con nuestra jóvenes? No se le dieron purgativos ni laxantes ni elixir balsámico para facilitar la digestión; sabemos que se omitieron «las drogas farmacéuticas;» únicamente le dieron á

(1) Tom. II, part. 2, cap. 10, *Della tisi pulmonari*, § 43, n. 3.
(2) *De affect. phthis.* cap. 11, § 1, n. 3.
(3) *Ibid.* § 2, n. 7.

beber infusiones de hierbas para calmar la tos y la ortopnea. Ciertamente no bebió leche de burra ni de mujer en determinadas medida y horas. El uso de la leche consistía «en pan mojado con leche y suero que le dieron hasta que partimos de Mazzano.»

Campeños y pobres, no podían evitar el comer alimentos indigestos, rechazados por Hoffmann, y reemplazarlos, según su consejo, por caldo de tortugas, de cangrejo de río, de carne de vaca. El estómago de la enferma no estaba en disposición de suportar y digerir esta especie de medicamento, y tampoco digería los otros, como lo prueba la diarrea colicativa. Si Hoffmann, que requiere como necesarias tantas condiciones es más funesta que útil; si Hoffmann hubiese visto el uso que se hizo de ella, no sé si, con nuestro sabio, lo llamaría un remedio excelente para la salud, y de un uso maravilloso para curar la tisis en el caso actual.

205. No es esto todo. Médicos de nombradía no han creído deber permitir la leche á todos los tísicos, sino solamente al principio y en las primeras fases de la enfermedad. Benneto ó Benito, en su Teatro de las enfermedades de languidez, despues de recomendar el uso de la leche, añade (1): «He creído necesario prohibir su uso á los que verdaderamente son tísicos, por temor á las consecuencias.» Porque en los enfermos debilitados por la invasión de un jugo más acre, la parte caseosa de la leche se forma en cuajarones y oblitera los vasos de una manera tenaz; en aquellos cuya fiebre es causada por la presencia de jugos putrefactos, la parte mantecosa se cambia en pus.

Burser dice (2): «Todos están contestes en que nada hay más útil y excelente que la leche, con tal que el enfermo no padezca debilidad de estómago ni sed, y que no haya otros inconvenientes.» Luego añade (3): «Aunque la leche sea provechosisima, no puede prescribirsela á todos los tísicos indistintamente ni á cada momento. A menudo el flujo de vientre que por lo regular sigue ó acompaña la disolución y la consunción, crece y redobla por la presencia de la leche cuando ya existe, y si no ha sobrevenido

(1) Cap. 25 *De Galcotoposi. id est de potu lactis.*
(2) *De Phthisi pulmon.* § 78.
(3) *Ibid.* § 82.

aún, la provoca rápidamente. Morton (1) dice que si hay diarrea es preciso abstenerse escrupulosamente de todo lacticio. José Franck (2) enseña lo mismo: «El uso de la leche está contraindicada en la fiebre violenta y la diarrea.» Hoffmann, citado por nuestro adversario, exige primero un estómago capaz de digerir la leche: ahora bien, nuestra enferma estaba privada de esto: la devoraba una sed ardiente y le hacía sufrir una diarrea colicativa; luego, en este caso la leche, aun empleada según las reglas, no podía producir alivio y más bien era perjudicial. Mas no se dió la leche del modo conveniente, y omitiéronse todas las reglas de su buen uso; así es que debió causarle más daño que provecho. No es, pues, solamente la eficacia, sino también la aptitud misma del remedio lo que aquí negamos: todos esos elogios de la leche, que figurarían muy bien en una disertación académica, son extraños á nuestra tesis.

206. Nuestro crítico añade: «La leche tiene el primer lugar en esta afección del pecho, la que, según el ilustre Hoffmann, es consecuencia de una pleuresía y de una peripneumonía mal terminada; en tal caso no hay mejor remedio que la leche dada en tiempo conveniente. Conozco muchos tísicos que tenían ya un pié en la barca de Aqueronte, que de este modo fueron restituidos á la salud.» Permitáseme desde luego oponer á este médico de primer orden, que habla aquí de una manera general, otro médico no inferior en mérito: Morgan refiere que curó con leche de mujer á un enfermo considerado como tísico; pero añade: «Aquel que se creyó tísico no lo era en realidad.» Resaltaré mucho más la fuerza de esta observación cuando se sepa qué sentido daba Hoffmann á la palabra tisis.

A esta primera observación hay que añadir otra. Hoffmann quiso hablar, como el contexto lo indica, del prudente empleo de la leche; restricción que no se aplica á nuestra tesis. Notemos, por último, esta estratagemata de nuestro adversario de cortar los preliminares del texto citado para mejor adaptarlo á su tesis.

207. En el número precedente Morgan distingue muchos grados de tisis, y promete hablar separadamente del tratamiento de cada uno. Hoffmann distingue tres tratamientos: curativos, paliativos y preservativos. Debe em-

plearse el primero cuando hay esperanza de una curación completa; el segundo cuando la violencia de la enfermedad es tal que no ha de ser posible vencerla ni con los remedios más enérgicos, el tercero desde la aparición del mal. Luego en el número siguiente, citado por nuestro sabio crítico, el autor trata del período en que hay esperanza de curación. «Llegamos, dice, al método curativo. Se emplea sobre todo cuando el abceso del pulmón se forma por la ruptura de la vómica y corre gran cantidad de humor, lo que sucede con frecuencia despues de una pleuresía ó de una peripneumonía mal terminada; despues de una hemoptisis y de una lesión del pulmón, á cordición, sin embargo, de que la sustancia no sea roída ni cirrosa. En tal caso no hay mejor remedio que el buen empleo de la leche. He conocido considerable número de tísicos ya como embarcados en el esquite de Aqueronte, que fueron curados y restituidos á su anterior estado de salud.»

208. Hemos restablecido el texto del autor. Advertid con qué claridad procede. Distingue la tisis curable de la que no lo es, y aconseja se empleen contra la primera los remedios enérgicos y contra la segunda los paliativos. A propósito de la tisis curable afirma que el abceso del pulmón se abre por la ruptura de la vómica, lo que produce gran cantidad de pus. Efectivamente, la vómica no es una verdadera tisis, sino el principio, ó como se dice, la tisis incipiente, puesto que la vómica engendra por lo regular la tisis. Esta vómica, dice, nace con frecuencia de una pleuresía, de una peripneumonía mal terminada, de una hemoptisis ó de una lesión del pulmón. En este caso el remedio es la leche, mientras la sustancia pulmonar no sea atacada ni roída por úlceras ni escirros. De este estado, cuando permanece intacta la sustancia de los pulmones, esto es, al principio de una tisis, es del que refiere haber visto tísicos curados y restituidos á la salud, aunque casi subidos en la barca de Aqueronte.

209. No es permitido dudar que tal sea el sentido verdadero y exacto del autor, ora se lea atentamente el texto relativo á la curación de la tisis, ora se le compare con otros escritos suyos acerca los diagnósticos de esta enfermedad. Despues de haber afirmado en las tesis patológicas que preceden á su método de curación, que una tisis declarada está por encima de todo arte humano, añade: «No pretendo decir otro tanto de toda tisis, sobre todo

(1) In sua physiologia, lib. II, cap. 9, p. 55 in fine.

(2) Della tisi pulmonari, § 44, u. 14, mili, p. 24.

incipiente y como todavía en su cuna.» Para apoyar su opinión con hechos, refiere nuestro ejemplo casi en los mismos términos, y añade en seguida: «He conocido muchos sujetos que á consecuencia de una lesion, de una hemoptisis, de una ruptura de los bronquios, despues de una pleuresia ó una peripneumonia, fueron atacados de accesos en los pulmones y de vómicasy; y que no obstante, con auxilio de un calmante oportuno, quedaron enteramente libres de su afeccion.»

210. Hé aquí á los tísicos casi montados en la barca de Aqueronte á quienes nuestro autor ha visto curados por medio de la leche. Mas estos tísicos estaban al principio de la enfermedad. Era tísicos atacados de un simple acceso del pulmon á causa de una ruptura de la vómica cuyo pus habian vomitado. Era tísicos en los cuales era sano el tejido pulmonar; tísicos cuyas úlceras no habian roido el pulmon, y cuyas esteatomás no habia endurecido el parénquima. Por esto Hoffmann afirma que pudo curar estos tísicos por medio de la leche, mientras que Morgan, hablando de tisis reales y adelantadas, pudo declarar que la leche nunca curó á nadie.

211. Ved cómo esta objecion apoyada en tantos nombres célebres es extraña á nuestro caso. Hoffmann dice que la leche debe ser empleada con prudente medida; nuestro caso nos muestra que lo fué todo al revés y sin precauciones. Habla de la vómica, que es evidentemente extraña á nuestro caso, y está excluida por los síntomas y por la confesion de nuestro adversario. Habla de la tisis aún en su cuna, y nosotros de la confirmada. Se refiere al caso en que el pulmon está todavía sano, y en nuestro caso la corrupcion y las úlceras de los pulmones constituyen toda la fuerza de la enfermedad y sus caracteres.

212. ¿Quién hubiera nunca imaginado que este texto, tan perfectamente en armonia con nuestra tesis, seria de este modo desnaturalizado para demostrar la curacion posible de la tisis por medio de la leche? Nuestro sabio ha hecho esto sin gran trabajo; le ha bastado eliminar todos los detalles que hubieran podido revelar el verdadero sentido del autor. Esta habilidad no le pondrá al abrigo de nuestros golpes. Apoyado en la autoridad que invoca y como seguro de sí mismo, añade: «Si admito el nombre de la enfermedad (tisis), tengo aún mayor derecho para afirmar que en la afeccion de Maria se empleó el mejor de los remedios.» ¿Quién no le felicitará por tan fino y vigoroso ataque, y sobre todo por tamaña victoria?

213. Continuemos. Exagera la eficacia del suero: nota «que se le dió suero hasta que partimos de Mazzano.» Cita de nuevo á Hoffmann, quien se quejaria amargamente por verse invocado en semejante causa, y le hace decir: «No sólo en la leche, sino tambien en su misma parte serosa bien preparada, reside una virtud eficaz para curar las afecciones crónicas de los pulmones y de las otras vísceras; á menudo este suero es preferible á la leche, y hasta más enérgico. ¿Por qué no ha eliminado estas palabras bien preparada, que destruyen la fuerza de su objecion y producen una confusion de ideas? Sabido es que la leche está constituida por tres sustancias, á saber: la manteca ó parte grasa de la nata, el cáseo y el suero, que disuelve las dos primeras y las mezcla igualmente entre sí. Esta linfa ligera, el suero, adicionada á la leche para disolver sus partes glutinosas, se la separa de las otras dos por dos procedimientos: el pastoral y el farmacéutico. Los pastores cuando hacen el queso primitivo, el queso propiamente dicho, y el queso secundario (recocido), eliminan el suero por una primera y una segunda coccion, entonces el suero, impuro y mezclado con partes caseosas y mantecosas dos veces cocidas, es de digestion dificil, y en muchas localidades acostumbran aprovecharlo para alimento de los perros. Los farmacéuticos, al contrario, toman leche muy fresca, la hacen coagular y la someten á la accion de un fuego suave; petrifican en seguida la masa coagulada hasta que esté bien molida, separan con cuidado todas las partes caseosas, calientan hasta la ebullicion, y despues de ebullicion breve hacen pasar el líquido una ó varias veces á través del papel para filtrar, hasta que es muy limpio y de color de ámbar. Para ellos este es el método más sencillo de obtener suero bien preparado.

214. Esta preparacion, como se ve, exige tiempo, trabajo y cuidado, y no es un medicamento económico. Así, aun en las grandes ciudades raras veces se da á los enfermos. Sin ningun género de duda no se dió á la enferma esta clase de suero. Tal vez el farmacéutico de Mazzano era incapaz de hacer esta preparacion, ó la indigencia de la enferma era un obstáculo á ella. Sólo se le daban los remedios que podian emplearse atendido la pobreza del lugar y de las personas; ó tambien «diéronsele al principio drogas de farmacia, pero despues fueron abandonadas.»

Es indudable que el suero que bebió no salió de la farmacia. Queda el suero de los campesinos: le ofrecieron el que sirve para alimento de los perros. ¡Valiente remedio! y la prueba está en la autoridad de Hoffmann, que pide suero bien preparado. Díganos nuestro mismo adversario qué efecto podía esperarse de él, sobre todo en aquella que padecía diarrea colicativa.

215. Nuestro sabio prosigue: «Añadamos las infusiones y decocciones de hierbas pectorales, tisanas de hierbas que hacen bien al pecho, y se tendrá la prueba de que la curación de María Rosa fué bien dirigida. ¡Pluguiera á Dios que todos los médicos siguiesen este camino!» Recomienda una vez más la virtud de la leche, apostrofa á los médicos que se desvian de esta práctica, y termina este octavo párrafo tan prolijo.

216. Omíttimos decir, á propósito de estás hierbas, que él se sirve de los términos de una mujer sencilla é ignorante que decía de ellas «que hacen bien al pecho.» Pasamos por alto las palabras del médico que afirma haber empleado estos paliativos sólo para calmar la tos y la ortopnea. Mas siguiendo las huellas de nuestro sabio crítico, dirigiremos á nuestro turno una exhortación á los médicos. Dirigid atentamente vuestro espíritu y vuestras miradas á nuestro caso. Para hacer desaparecer la peripneumonia, ved cual fué la eficacia de una sola sangría; la enfermedad subsistió en todo su vigor. Para curar las llagas de los pulmones, considerad el éxito de las decocciones é infusiones de hierbas, capaces únicamente de moderar la violencia de la tos y de la ortopnea. Advertid cuan saludable fué para destruir una tisis bien declarada el uso de pan mojado en leche, sobre todo cuando se ensañaba la diarrea. Añadid una pocion de ese suero que solo se dá á los perros, y corona este tratamiento por el admirable éxito que se produjo en María Rosa en el estado más extremo, antes de su prodigiosa curación, y luego exclamad con nuestro sabio: ¡El tratamiento de María Rosa fué bien dirigido! Y para que este hecho sea útil á la ciencia, que no quede olvidado y sin imitadores ni ejemplos, apresuraos á emplear el método, y estad seguros de que con auxilio de un medio tan hábil, el número de los tísicos que, segun el testimonio de José Franck, forma ya la quinta parte de los muertos, aumentará con un éxito asombroso y grandemente deseado!

217. No hemos examinado aún todos los socorros pres-

tados á la enferma. Todavía tenemos que dar á conocer á los médicos muchos otros remedios asaz útiles. Por ejemplo, el cambio de clima, la equitacion, de la que sin embargo no hay que hacer uso sin discernimiento, sino sólo en casos como el nuestro, puesto que todos los remedios son útiles ó perjudiciales segun las circunstancias. Que consideren ante todo el estado de la enferma á la que se aplican esos remedios. «Estaba sofocada; no podía respirar; tosía incesantemente; padecía sed continua; parecia un cadáver; no podía sostenerse, y la colocaron en un jumentillo; era preciso que alguien la dirigiese, y áun eso no era suficiente; á cada momento habia necesidad de detenerse para darle de beber, porque sentia interiormente un fuego abrasador; de vez en cuando habia que bajarla y sentarla en tierra; casi á cada paso redoblaba la sofocacion, y era preciso que recobrase aliento.» Aplicad á esta enfermedad otro remedio detalladamente descrito por nuestro sabio crítico: un trayecto de veinte y cinco millas verificado en un jumento en pleno ardor del sol, en un camino polvoroso, á fines de mayo. Vaya, ¿quién no ve cuan oportuno y útil fué este remedio? El que se pare en palillos, juzgue por los efectos. A su llegada estaba abatida, no podía respirar, tosía continuamente, la devoraba la sed y de ningun modo podia conciliar el sueño. ¡El alivio, á fe, fué espontáneo y palpable! Y ¿cuánto debió contribuir á la eficacia de este remedio, ya tan extraordinario por sí mismo, el cambio de pais durante tres dias, durante los cuales la enferma, arrancada de su lecho, era llevada de acá para allá! Tan poderosos remedios aplicados en casos semejantes con tales precauciones, no habia para menos que para hacer desaparecer radicalmente de una vez todas las tisis y todos los tísicos.

218. ¿Quién hubiera nunca imaginado que nuestro sabio crítico habia de consagrar un párrafo serio á defender la utilidad de tales remedios? Estoy cansado de perder el tiempo refutando semejantes tonterias. Esos remedios son quizá útiles en teoría; pero en práctica han de hacer horror. Es un principio entre los médicos que el ejercicio del cuerpo, áun en las personas de buena salud, no ha de ser exagerado ni llevado hasta la fatiga y postracion; pues es cierto que entonces por el movimiento muscular la sangre venosa es impulsada al ventriculo derecho del corazon con una violencia y velocidad mayor, de donde resulta una contraccion más enérgica y una verdadera fiebre, en

breve desvanecida si la causa ha sido ligera, mas á veces duradera y perniciosa (1). Si el hecho se produce en gentes que gozan de buena salud, con mayor razon en los febricos, purulentos y los que están muy débiles. De consiguiente, hay que consultar el estado de las fuerzas del enfermo. José Frank nos advierte que «á menudo los médicos se engañan ordenando los ejercicios del cuerpo á los enfermos y convalecientes, sobre todo á los tísicos, cuando les aconsejan á todos indistintamente ir á caballo (2).»

El mismo Celso, cuyo testimonio se invoca con frecuencia, condena á nuestro sabio. «Si el mal es más grave, si es una verdadera tisis, es indispensable acudir con el remedio desde luego. Si las fuerzas lo permiten es bueno pasear largo tiempo en barca, cambiar de país, dirigirse á una region donde el aire sea más denso que en la que se deja. Esto por lo regular puede hacerse al principio, y si la debilidad no lo permite, sera mucho más cómodo pasearse en embarcacion, pero no muy lejos. Si algo impide la navegacion, conviene hacerse llevar en litera ó de otro modo.» Algo más adelante dice: «Si aún no ha sobrevinido la fiebre ó se calmó, recitarse á ejercicios moderados, sobre todo al paseo y á las fricciones suaves. El que empiece á experimentar mejoría, tiene que hacer ejercicio, friccionarse, comer.» Celso aconseja, pues, los ejercicios corporales moderados; los aconseja al principio y al fin de la enfermedad; los aconseja proporcionados á las fuerzas del enfermo, y aconseja los más cómodos, aquellos en que el cuerpo no sufre sacudida, por ejemplo el barco, la litera, los paseos nada fatigosos. Evidentemente nada más propio que estas prescripciones para demostrar cuán peligroso es para una tisis adelantada ó inclinándose hácia la muerte, cuando faltan las fuerzas, un trayecto de veinte y cinco millas en pleno polvo, bajo los ardientes rayos del sol y en un jumento.

219. Dejemos aparte la autoridad de Zeviani, que no hace más que repetir las recomendaciones de Celso, y reflérese, además, á la tisis catarral ó á una tisis diferente. ¿Qué decir del cambio de clima? Nuestro sabio crítico ha comprendido tan perfectamente que su opinion acerca la utilidad del cambio de país, durante tres dias, era del todo nueva, que se esfuerza en prevenir las objeciones, y escribe: «Si álguien se maravilla de que un ejerci-

1) Van Siclieten ad Boerhaav. aphor. 286.

2) Della tisi pulmonari, § 43, núm. 18 in nota.

cio corporal de tres dias y el cambio de país hayan podido procurar á un enfermo un efecto saludable, bastará recordarle que el espíritu tiene influencia poderosísima sobre el cuerpo. Excitada por el deseo ardiente de una perfecta curacion, animada de una fe robusta, esta jóven fué á visitar el sepulcro del venerable Benito. Agitaban sucesivamente su espíritu la esperanza, la reserva y el temor: la majestad del templo, la afluencia del pueblo, las oraciones fervorosas, el recuerdo de las gracias obtenidas, todo contribuía á conmovier su alma: ahora bien, esta emocion excita los ganglios, aumenta las fuerzas, y pudo producir la metáncresis, ó sea la renovacion del cuerpo por la evacuacion de los humores.»

220. Luego, segun parecer de nuestro sabio, hay que atribuir el alivio ó cese del mal, no á un cambio de país durante tres dias, ni al viaje, sino á la metáncresis originada por una emocion vivísima. Séame permitido, de paso, preguntarle por qué no tuvo presente este aparato de retórica cuando se trataba del viaje. «No concibo, escribia él mismo, cómo esta jóven, tocando en el último grado de la enfermedad, la tisis purulenta, pudo hacer el viaje de veinte y cinco millas bajo el ardor del sol, á fines de mayo. No comprendo cómo pudo subir el monte Capitolino, etc...» ¿Por qué no lo vió? ¿Por qué no lo comprendió? él que ha escrito: *Nadie duda que el espíritu tiene influencia poderosísima sobre el cuerpo. La enferma estaba excitada por el deseo ardiente de una curacion completa: animada de una fe robusta, fué á visitar el sepulcro del venerable Benito. Agitaban sucesivamente su espíritu la esperanza, la reserva y el temor.* Si estas causas fueron suficientes para producir la metáncresis y la curacion, ¿por qué no habian de ser capaces de darle fuerzas para verificar el viaje ó ir á Roma? Es que esta observacion, tan oportuna para negar el milagro, no le pareció tan cómoda cuando se trataba de la posibilidad del viaje y de la estancia en Roma.

221. Haciendo caso omiso de todas estas observaciones extrañas á nuestro objeto, preguntamos qué debemos pensar de las observaciones de nuestro sabio crítico. ¿Tratabase de perturbaciones nerviosas, de funciones de las visceras, de insuficiencia de la fuerza sensitiva? ¿Tratabase de una enfermedad engendrada por una distribucion anormal de los humores, ú otra causa latente, que pudiese disipar una nueva perturbacion artificial? ¿ó no es

cuestion de una lesion grave, material y mecánica de los pulmones? ¿Qué pensaría de un médico que aconsejase el método metasinéretico para una fractura ó un brazo dislocado? ¿ó si la recomendase para una herida del pecho ó una llaga inveterada? Ese médico ¿no tendría necesidad de un grano de éleboro? Aquí hablamos de filceras del pulmon, que son ciertamente más que un brazo roto ó dislocado ó cualquiera otra solucion de continuidad, y que no puede ser curada por una emoción.

222. ¿A qué viene aquí la autoridad de Sprengel, quien escribe (1): *Las emociiones violentas del alma ofrecen á veces poderosos auxilios, y pueden producir una curacion metasinéretica?* Este autor, al principiar habia reservado dicho tratamiento en toda enfermedad peligrosa, tenaz, enemiga de la fuerza vital y cuya causa se nos oculta. Despues hacia notar que *la naturaleza cura por la fiebre las enfermedades espasmódicas y nerviosas, ó otras de larga duracion;* y añadia que *el arte debe imitar esa metasinéresia natural.* Respecto á la fiebre decia: *Si una distribucion desigual de la fuerza sensitiva produce la fiebre, por una nueva perturbacion artificial cesará la enfermedad.* En el pasaje citado por nuestro sabio crítico se expresa así: *Recordamos haber visto desaparecer á consecuencia de un susto, de una cólera espontánea, la epilepsia, la hidrofofia, la metorragia y sobre todo la parálisis y la fiebre intermitente.* Mas de acuerdo consigo mismo habia escrito antes: *Este método está proscrito cuando la causa evidente ó á lo menos probable de la enfermedad ofrece la facultad de emplear un remedio. Seria una temeridad funesta, en una fiebre intermitente, no ocuparse del entorpecimiento de los órganos abdominales y de la intemperancia de los nervios contra los cuales á menudo tiene buen éxito la quina.* De lo que resulta que el autor aconseja ese método contra las enfermedades espasmódicas y nerviosas, contra las afecciones resultado de la agitacion ó de la perturbacion de los humores, contra las fiebres engendradas por una distribucion desigual de la fuerza sensitiva: sobre todo lo recomienda en las enfermedades cuya causa es desconocida, y que acaba de enumerar. Proscribe al contrario dicho método cuando la causa de la enfermedad es evidente ó por lo menos probable. Ahora bien, en nuestro caso la causa es manifiesta: no consiste en la perturbacion ó la intemperancia del fluido nervioso; no es espasmódica ni nervio-

(1) *Thérap. génér.* § 176, 173, 172.

sa, sino que estriba por completo en la lesion material y la corrupcion de los pulmones: luego, segun el mismo Sprengel, nada es más extraño á la curacion de esta enfermedad que el método metasinéretico.

223. Despues de las pruebas de autoridad, nuestro sabio añade: «¿Para qué, dirán los defensores de la causa, haber empleado remedios que no han producido efecto alguno?» Y luego, considerando que es difícil probar la eficacia de un remedio, prosigue: «Si se ha seguido un tratamiento repetidas veces, y si el enfermo se encuentra mejor, hay motivos para presumir que ese remedio ha producido alivio.» Para probar que fué así, vuelve á Mazzano; advierte un alivio real y lo certifica aún durante el viaje á Roma.

224. Para refutarle habria que empezar de nuevo la discusion acerca el estado de la enferma y los remedios. Pero, puesto que hemos examinado en detalle la virtud y la naturaleza de los medicamentos empleados, los ejercicios corporales considerados como remedios por nuestro adversario, y ya que hemos recordado sobre este punto la doctrina de los médicos, de que son no sólo ineficaces en la práctica é insuficientes, sino además perjudiciales y perniciosos las más de las veces; puesto que, reconstituyendo los hechos, hemos enseñado que María Rosa nunca experimentó mejoría en Mazzano, ni durante el trayecto, ni en Roma, antes bien que enflaqueció constantemente, toda la tesis de nuestro sabio crítico se viene abajo por sí misma, y con ella se desvanece hasta toda sospecha de la utilidad de los remedios que se esfuerza por establecer con tanta habilidad.

225. El mismo no ha podido engañarse, pues si la persistencia y la agravacion de los síntomas demostraban perfectamente la persistencia y la agravacion de la enfermedad, probaba al mismo tiempo la inutilidad de los remedios y destruía los sofismas que se nos oponen. Para sostener su argumentacion vacilante se esfuerza por disminuir los principales síntomas, á fin de que, rebajada su gravedad, pudiesen revivir sus obediencias. Hé aquí por qué escribia: «Para negar una mejoría no es bastante probar la existencia en la diarrea, de la tos, la continuacion de los esputos purulentos, etc. Certo es que son los caracteres de la lisis, pero pueden subsistir hasta cuando ha perdido su intensidad, mientras que haya disminucion de la fiebre y de los diversos modos de secrecion. Respec-

to á la condicion primera, todos los testigos guardan silencio; pero la deducimos fácilmente del viaje emprendido.»

226. A la verdad, ¿quién no admirará esta suma confianza?... No hay más; el viaje emprendido porque el caso era desesperado, é importaba poco que la jóvela muriese en Mazzano, ó en Roma, ó en el camino, revela la disminucion de la fiebre! Sin duda el médico, que despues de enumerar nominalmente la fiebre supuratoria, la fiebre vuelta más lenta, porque la supuración estaba ya hecha, dice: «Ninguno de estos síntomas perdió su gravedad, antes al contrario fueron en aumento... la enferma nunca experimentó mejoría y fué de mal en peor... tal era el estado de la enferma cuando la vi por última vez;» sin duda, digo, este médico se propondrá darnos á entender que habia desaparecido la fiebre ó que se habia calmado un poco! Sin duda, por último, una fatiga excesiva que ocasiona por lo comun la fiebre á las personas que gozan de buena salud, y la fatiga de un viaje terrible emprendido por una jóvela atacada y casi muerta por la fiebre, esta fatiga sostenida durante varias horas muestra á las mil maravillas que la fiebre debió desaparecer ó disminuir! Evidentemente el ardor íntimo que la enferma decia que la abrasaba interiormente; el fuego interno cuya violencia era preciso calmar con continuos refrescos, anunciaba la remision de la fiebre! Evidentemente el estado lamentable de la jóvela despues del viaje, la existencia y la violencia de todos los síntomas agravados hasta la curacion, demuestran que la fiebre no pudo maltratarla! Y si todos esos síntomas considerados, cada uno en particular, prueban la ausencia y la disminucion de la fiebre, tomados en conjunto, desvanecen ciertamente toda sospecha de la misma.

227. Prosigamos. «Respecto á la segunda objecion, esto es, la naturaleza de las excreciones, se nos oculta.» Ignoramos á quién puede ocultarse la naturaleza de las excreciones, toda vez que el cirujano en su memoria las designa con el nombre de diarrea colicuativa. El médico se sirve tambien varias veces de estos términos, y añade que todos los síntomas dichos subsistieron en el mismo grado y áun se acrecentaron hasta la partida.

228. Continúa: «En cuanto á los esputos, el médico declara que eran saniosos, es decir, que tenían esa cualidad que Areteo, observador célebre entre todos los médicos

antiguos, notó en un «hombre de buena salud.» Véanse sus palabras: *Si sobreviene mejoría, la tos violenta se prolonga y se hace cada vez más rara, despréndense del pecho esputos saniosos y más acuosos, y desaparecen en gran número por la evacuacion de vientre.*

229. Este argumento por el que se afirma que la condicion de los tísicos es tanto mejor en cuanto expectoran más abundantemente esputos purulentos, es tan singular, que quizás nunca se haya oido en medicina nada más divertido, y les parecerá lo más extraño del mundo á cuantos hayan alguna vez examinado una úlcera. Delengámonos, pues, en esta opinion tan extraordinaria que se quiere atribuir á Areteo.

230. Mas ¿es cierto que nuestro sabio crítico (pues la cosa apenas es creible) la ha afirmado verdaderamente? Y ¿lo ha afirmado sin error alguno de hecho ó de derecho? Veámoslo. Sea que consideremos su arte y doctrina, sea que pesemos las palabras del médico: «Sus esputos se volvieron cada vez más copiosos, saniosos y fétidos,» que son la base de su argumento, nada vemos que pudiera inducirle á error. A la verdad no podia ignorar que, entre los modernos, la palabra *sanies* no significa otra cosa que *icor*, ó pus de mal carácter, de tal suerte que esta apelacion excluye toda bondad del pus. Siempre que á este humor morbífico le falta el color blanco, dice Gorter (1), se le da el nombre de *icor* ó *sánies*, ó materia espesa, corrompida, glutinosa, pero nunca pus; ó por lo menose se llama *pus corrompido*. Aun cuando hubiese querido ignorar el hecho, el médico con el adjetivo *fétido* habia de tal suerte determinado el sentido de la otra palabra *sanioso*, que no quedaba lugar á la menor duda; pues el *pus fétido*, áun cuando hubiese todos los demás aspectos del pus benigno, seria considerado siempre como malo, porque es indicio de que el mismo pus está podrido ó mezclado con humores putrefactos (2). Luego, no podia existir error alguno acerca el sentido de los términos ni respecto á la cosa misma; pues si dejando aparte la experiencia y la sana razon, consideramos en sí misma la doctrina profesada, aparecerá: «Que así como el pus sincero y benigno es de buen augurio, porque indica que en el abceso toda materia extraña queda convertida en pus, que no hay afluencia de humores que transformar en pus, y que

(1) Hippocr. aphor. 20, lib. 8.

(2) Ibid. aphor. 44, lib. 7.

éste no ha permanecido tiempo bastante largo para convertirse en icor; asimismo, por el contrario, cuando los humores mezclados al pus no son convertidos, por la fuerza de la vida, en materia purulenta, sino, por la corrupción, en una materia parte espesa y parte líquida, es señal de que ha prevalido la corrupción espontánea. (Ibidem.)» Luego nuestro sabio crítico no se ha engañado ni en la inteligencia de la palabra ni en la de la doctrina al afirmar que son de buen augurio los espantos saniosos; sino que, conscientemente y queriéndolo, ha enseñado que María Rosa iba tanto mejor cuanto es más evidente, para servirnos de los términos de Gorter, que *los humores para convertirse en pus* añuan más en el pecho, que el pus permanecía más largo tiempo en las úlceras de esta viscera, que se transformaba en icor, y que la materia arrojada atestiguaba el predominio de una corrupción espontánea. Hemos querido hacer resaltar plenamente estas consecuencias, para que no se creyese que sin fundamento atribuíamos á nuestro sabio crítico una opinion tan asombrosa é inaudita, ó que ésta sólo fué en él el resultado de un error nacido de la funesta interpretacion de la palabra ó de las cosas.

231. Pero tengo á Areteo de mi parte, dirá evidentemente; si tal se leyese en el texto de Areteo, todo hombre ilustrado, lejos de atribuir tan grande absurdo á un genio tan ilustre, veria en ello una interpelacion, ó un error del copista, ó una falta de impresion, en vez de aprovecharse de ello para defender una opinion extraña. Pero como Areteo escribió en griego, ciertamente no puede encontrarse en su texto la palabra *sanioso*, ni siquiera la palabra *icor*, que corresponde al vocablo *sánies*, sino la voz *pyon*, que significa *pus*. Efectivamente, en el lugar citado, allí donde la traduccion dice: *espantos más abundantes, más saniosos y más húmedos son rechazados*, léese en el texto: *Anagoge, pleyonate pyon ygroteron*, lo que, literalmente traducido, dice: *Derrame de pus más abundante y húmedo*, sin indicacion alguna de *sánies* ó de *pus de mal carácter*. Mas dejemos el texto griego, si os place: ¿caso la palabra misma *sanioso*, que sirve de base al argumento, podia tener una significacion dudosa en la antigua version para todo médico instruido? Sabido es que la palabra *sánies*, mientras que entre los modernos significa pus de mal carácter, entre los antiguos designaba indifereentemente toda suerte de pus. Así, para no afirmar cosa

alguna sin ejemplo, en la version Algagi de las obras de Avicena se lee: «La *sánies* benigna es blanca, suave y no tiene un hedor horrible... La *sánies* maligna es fétida, atestiguando la putrefaccion, que es todo lo contrario de la madurez.» Vese, pues que la palabra es por sí misma ambigua, y habia por lo menos de levantar una duda suficiente para defender á Areteo de la sospecha de absurdo.

232. Mas dejemos, si os place, esta observacion, puesto que la version en sí misma, sin recurso al texto griego ni consideracion alguna al sentido de las palabras, daba con toda claridad el parecer de Areteo acerca el buen augurio que debe deducirse del pus de buena calidad, y del que ha de sacarse del pus de calidad contraria, lo que evidentemente hacia manifiesto el sentido de la palabra *estado sanioso* empleado en otra parte por él. Nuestro sabio crítico consultó el capítulo undécimo del *asma*, por que encontró en él este vocablo ambiguo; pero si hubiese pasado los ojos por el capítulo noveno de *los purulentos*, que nos concierne, hubiera ciertamente leído: «En suma, hé aquí lo que puede decirse del pus. Todo lo que es blanco, digerido, inodoro, ligeramente redondeado, prontamente expectorado ó depuesto facilmente por las evacuaciones de vientre, es sin peligro y saludable; todo lo que es muy pálido, bilioso y desigual, sabed que es malo. Pero lo lívido y oscuro aún es peor, pues significa la corrupción de las úlceras roedoras.» Así, pues, no sólo el texto verdadero del autor, y la significacion ambigua de la expresion de que se sirvió el intérprete, sino tambien la version misma revela claramente que Areteo auguraba mal de los espantos saniosos. ¿Cómo, pues, ha podido creerse que un autor tan ilustre hubiese expuesto el parecer contrario, que los tísicos puedan esperar su curacion de sus espantos saniosos? ¿Cómo, digo, hubiera podido ser eso, á pesar de las doctrinas de los médicos de todos los tiempos, de la experiencia de todos los dias y de la sana razon? ¿No darémos muestras de excesiva indulgencia si juzgamos que semejante opinion se coló en el cerebro de nuestro adversario en un momento de somnolencia?

233. Continua: «Por último, el edema de los piés, que se considera como una prueba no sólo de la persistencia de la enfermedad, sino de su violencia, probaria en efecto su tesis, si se hubiese puesto completamente fuera de

duda que en la época en que sus piés se hincharon, María Rosa estaba en el umbral de la muerte; pues los pasajes de los escritores invocados por el defensor hacen de este sintoma un mal augurio en la tisis confirmada, cuando está próxima la muerte, cuando hay peligro de sofocación, cuando se ve acelerarse la extinción de todo el cuerpo, la que empieza por las extremidades.

234. Debemos hacer notar aquí dos cosas: 1.º nuestro sabio crítico confiesa que la hinchazon de los piés forma un indicio cierto de la violencia de la enfermedad, cuando ésta declina hácia la muerte. Por esto, como creemos haber demostrado que María Rosa se encaminaba á la muerte, concluimos que nuestro adversario está de acuerdo con nosotros acerca la gravedad del sintoma. 2.º De nuevo confunde la muerte inminente, con una enfermedad que vá á su fin, y pretende aplicar al primer caso los textos de los autores que se vería con claridad, si se quisiese leerlos sin idea preconcebida, que se referian á la tisis llegada, no al momento de la muerte, sino sólo á ese periodo extremo en que acostumbra seguir una muerte inevitable. Siguese de ahí que estas palabras: *tisis declinando hácia la muerte*, tisis tendiendo á la muerte no deben tomarse en este sentido; que el edema de los piés (siempre que anuncia la muerte) debe mostrarse únicamente en las horas postreras, y que las extremidades son hinchadas sólo durante brevisimo tiempo.

235. Pero, á fin de que no se vaya á imaginar que esta interpretacion, asaz evidente por sí misma, la inventamos nosotros para los recursos de la causa, oigamos uno de esos autores que han dicho que el edema de los piés es el indicio de una tisis declinando hácia la muerte. Swieten escribe (1): «En la tisis consumada y con tendencia á la muerte, obsérvase que cuando todo el cuerpo está muy enflaquecido, empieza á hincharse la extremidad de los miembros.» Y para explicar este fenómeno añade: «En la postrera etapa de la tisis, una ansiedad excesiva anuncia que la sangre del corazon á la derecha se mueve difficilmente á través del pulmon, de donde resulta un obstáculo al movimiento de la sangre de las venas hácia el corazon, y de consiguiente una reabsorcion más difícil de la linfa por las venas bibulosas. Pero como al mismo tiempo circula muy poca sangre á través de las arterias, lo que indica la debilidad del pulso, y que la accion de

(1) *Ad Boerhaav. aphor. I, 205.*

las arterias adyacentes á las venas no podrá determinar el movimiento del líquido venoso, la linfa empezará á ser estancada y á acumularse en los puntos más distantes del corazon, lo que dará nacimiento á un tumor frio de esas extremidades. Ahora bien, si semejante fenómeno nace de la dificultad de la circulacion de la sangre, es evidente que debe empezar cuando se produce esta suma dificultad, y como aquella se manifiesta por una extrema congoja, empezará con ésta el edema de los piés. Nuestra jóven sentia esta congoja hasta el punto de no poder respirar «sin tener el tronco un poco elevado y la boca siempre abierta, porque su pecho le hacia el efecto de un fuelle que sube y baja.» Luego, supuesta la causa, debia seguir el efecto, y como este efecto se produce en los tísicos aun no moribundos, Swieten no dice que suceda tal en el artículo de la muerte, sino en la tisis declinando hácia la muerte, ó como explica más claro en seguida, en la postrera etapa de una tisis fatal.

236. Para que se conozca con más claridad aun el verdadero sentido de esta sentencia, recurramos á los escritos del príncipe de la medicina, Hipócrates (1). En el desarrollo de la enfermedad el cuerpo se enflaquece, excepto las piernas; éstas y los piés se hinchan. Nótese esta frase en el desarrollo, que no indica una muerte próxima. Galeo no se sirve casi de los propios términos (2): *Con el tiempo sus piés se hinchan*. Celso Aureliano no describe de distinto modo los progresos de la enfermedad (3) *Empieza el sufrimiento... sobreviene una fiebre ligera... luego los espantos ora purulentos, ora licidos, á los que viene á añadirse la hinchazon de los piés*. Más explico que todos los demás, Juan Pedro Franck enseña que hay que esperar esta complicacion en el desarrollo de la enfermedad, y la da como la señal más cierta de una tisis confirmada: SON SEÑAL DE UNA SUPURACION YA CUMPLIDA EN ESTA VISCERA (los pulmones) la continuacion de los sintomas ya manifestados, una respiracion frecuente y difícil y la hinchazon de los piés (4). Si la hinchazon de los piés es otra de las señales ciertas de una tisis confirmada, no hay que esperarla precisamente en el instante de la muerte, pues no sería una señal de muerte, habiendo ya fenecido el tísico.

(1) *De intern. affect. cap. II, apud cit. Swietenium.*
 (2) *Comment. 2, in prognost. Hippocr. c.*
 (3) *Epist. Anat. med. 22, § 16.*
 (4) *Epist. Anat. med. 22, § 16.*

237. ¿Basta todo esto para dar á conocer la opinion verdadera de los autores, ó es preciso un ejemplo? Lo pediremos á Morgagni. Escribe hablando de una jóven: *Una jóven de veinte y cuatro años, después de espantos leñidos de sangre le sobreviene la tos; expectora una materia catarral, la que al fin arrastra sanies; tiene fiebre y dolores de pecho en la parte izquierda sobre todo, de cuyo lado no puede acostarse. toda su cuerpo se enflaquece, EXCEPTADOS LOS PIÉS QUE SE HINCHAN. El derecho algunos días antes de la muerte es atacado de una erisipela; su pulmon, en el lugar contiguo á la clavícula, es algo duro; la úlcera reside en el centro de este turillon.* Si ambos piés estaban hinchados, cuando pocos días antes de la muerte de la jóven una erisipela atacó el derecho, la hinchazon no se produjo en los últimos instantes de la enfermedad. Así, tanto si consideramos las reglas médicas como los hechos, la teoría de nuestro sabio crítico es errónea. La hinchazon de los piés no es un indicio de la violencia de la enfermedad, sino cuando se efectua en el instante de la muerte. Por lo demás, aparte este error, conviene en que la hinchazon de los piés es indicio de la violencia de la enfermedad en su último período; y de la violencia de este síntoma, que no le es posible negar, quedará atestiguado que María Rosa llegó á este último período y que le estaba reservada una muerte cierta.

238. Nuestro sabio, á pesar de la experiencia y las reglas de la medicina, se obstina en su opinion. En los tísicos la hinchazon de los piés es sólo fatal cuando llegan los últimos momentos. «La hinchazon de los piés se produjo en María Rosa, dice, no después de una larga enfermedad, pues estaba atacada desde poco tiempo: no iba á exhalar el postrer suspiro; se reponia de una crisis más grave de la enfermedad, sus fuerzas no se debilitaban, sino que se rehacian algo. Luego esta hinchazon no era señal funestísima, sino más bien un esfuerzo saludable de la naturaleza.» ¿Cómo puede afirmar que la hinchazon de los piés *no sobreviene después de una larga enfermedad*, siendo así que María Rosa sufría desde principios de marzo, y continuaba sufriendo aún á fines de mayo? ¿cuando el cirujano dijo á la madre de la jóven: «Observad si se le hinchan los piés... pues entonces le habrá llegado su hora?» Si la madre lo advirtió poco antes de partir para Roma, ¿cómo sostener que la hinchazon de los piés fué observada cuando *la enferma habia recobrado un poco sus fuerzas...*

cuando tenia absoluta necesidad de ser transportada de la cama á una silla, y que, instada á que andase, contestó que no podia, y sofocada daba algunos pasos por el aposento, sostenida y con un palo en la mano? Puede llamarse á eso recobro de fuerzas, sobre todo en una enfermedad que no paraliza los movimientos musculares? Por último, ¿con qué derecho pretende que apareció la hinchazon cuando la jóven se reponia de una crisis más grave de la enfermedad, puesto que los documentos nos patentizan que se levantaba á pesar suyo, y que todos los síntomas de la tisis subsistian en toda su intensidad?... Pues los síntomas patognomónicos de la enfermedad, como el hecho nos lo enseña y como lo afirma el médico, nunca disminuyeron sino que fueron en progresivo aumento. ¿Cómo podeis encontrar indicios de esa coccion de la enfermedad, coccion en cuyo favor os esforzais por hacer nacer sospechas y cuyo efecto seria la hinchazon de los piés? Apelad á la autoridad de los médicos; todos vendrán á destruir vuestros argumentos.

239. Referis que, segun Boerhaave, la coccion se reconoce: 1.º *por la suspension del mal y su decrecimiento, mientras que las fuerzas naturales se mantienen ó bien se aumentan.* Ciertamente en nuestra enferma no encontrareis las fuerzas al mismo nivel y menos atin aumentadas; no vereis que se calme la enfermedad, sino que cada vez sea más grave. Hé aquí lo que habeis olvidado. Boerhaave añade que se reconoce la coccion: 2.º *por la cesacion y disminucion de los síntomas con una fuerza vital concomitante;* 3.º *por el restablecimiento integral de las funciones;* 4.º *por la similitud de los humores en circulacion, de las secreciones, de las excreciones y de las deyecciones, con aquellas que son naturales.* Estas condiciones faltan en el caso presente, y aún son contrarias. En breve veremos lo que debemos pensar de la cesacion y disminucion de los síntomas, de la fuerza vital concomitante y del restablecimiento integral de las funciones. Las secreciones y excreciones ¿tendrian alguna analogía con las secreciones y excreciones naturales? La transpiracion nocturna, los espantos saniosos y la diarrea colicativa demuestran que no es absolutamente nada de esto. Mejor hubiérais hecho citando el párrafo precedente de Boerhaave, en el que describe los signos particulares de la crudeza de la enfermedad (1). Se la reconoce: 1.º *por el vigor persistente y en aumento de la*

(1) *Inst. med. de sty. morb.* num. 995.

enfermedad; 2.º por un aumento continuo de los síntomas; 3.º por la dificultad del ejercicio de las funciones; 4.º por la pérdida del estado normal, respecto á la cantidad y á la calidad, de los humores en circulación, secreciones, excreciones y excrementos. Todas estas condiciones hubieran pintado exactamente el estado de nuestra jóven, y nos hubieran enseñado que la enfermedad estaba en el estado de crudeza cuando apareció la hinchazon de los piés.

240. Aunque sea inútil buscar una crisis en una enfermedad crónica, y aunque las úlceras de los pulmones no se curen por una crisis, si álguien se obstinase, como nuestro sabio crítico; en ver en esta hinchazon de los piés la crisis de la tisis, se engañaría completamente. Las condiciones arriba mencionadas responden exactamente á nuestro caso, en el que no se puede ver más que una perturbacion crítica morbífica y mortal. El autor ya citado nos lo enseña cuando escribe (1): *Las señales que distinguen los síntomas críticos de los morbíficos son: 1.º Los síntomas críticos provienen de la fuerza vital dominando la fuerza de la enfermedad, y los síntomas morbíficos proceden de la energía de la enfermedad dominando la fuerza vital; 2.º los síntomas críticos son precedidos de la coccion, reconocida en sus caracteres manifiestos y benignos; los otros se manifiestan durante la crudeza; 3.º los síntomas críticos llegan al tiempo marcado por la crisis; los otros tienen lugar en todo tiempo, sobre todo durante el crecimiento del mal; 4.º los síntomas críticos alivian; los otros son funestos.* Ahora bien, en el caso presente la fuerza vital no se sobreponía á la enfermedad, sino que estaba dominada por esta última, como lo prueba su persistencia y acrecentamiento. La coccion no precedió á la crisis: evidentemente era la crudeza. A los demás síntomas se añade, á mayor abundamiento, la hinchazon de los piés en este período de crudeza; esto no era una mejoría sino una agravacion, como lo comprendian todos, por cuyo motivo los médicos creian en el fin próximo de la enferma. Luego, áun admitiendo la opinion nueva, de que hay crisis para las úlceras pulmonares, esta crisis no hubiera sido más que una perturbacion morbífica y mortal.

241. A cualquiera parte que os/válvais veis lo que hay que juzgar de la hinchazon de los piés. Todos los médicos la consideran como síntoma fatal en la tisis. Nuestro sabio está de acuerdo con ellos: no sólo se muestra en la

1) Loc. cit. num. 936.

postrera hora, sino en la última fase del mal, esto es, cuando la tisis está confirmada. Este síntoma sobrevino, no despues de una corta dolencia, sino tras una larga serie de sufrimientos: los restantes síntomas no habian cesado, sino que aumentaban aún. No es justo confundir un síntoma mortal con una crisis, ni admitir una crisis en la tisis purulenta; sin embargo, si se persiste en querer ver una crisis en la hinchazon de los piés, esta crisis sería forzosamente morbífica y mortal.

242. Pasemos por alto las observaciones generales de nuestro sabio acerca la utilidad de la hinchazon de los piés, pues son insignificantes. Hagamos asimismo caso omiso de las autoridades que cita de Haen, Baglivi y Lorry, pues son contrarias á su tesis ó sin ningun alcance. Nuestro sabio crítico se provee de armas contra sí mismo con esta cita de Haen: *Si disminuyen los síntomas, si las fuerzas vitales igualan ó exceden la violencia de la enfermedad, necesariamente la coccion es buena.* Desvíase de su tesis apoyándola con este ejemplo dado por Lorry: *Vi á un hombre casi muerto á consecuencia de una grave sofocacion, y aliviado luego, casi en un instante, por la hinchazon de los piés.* Baglivi ensalza la hinchazon de los piés en el catarro pulmonar y las afecciones del asma. No está fuera de la tesis en cuestion, y si se quisiese considerar las circunstancias de las enfermedades de que hablan estos autores, fácil sería probar que en nada auxilian á nuestro sabio crítico. Pero no tenemos necesidad de discutir hechos extraños, cuando los hechos de nuestra tesis llevan ya la discusion á un suficiente desarrollo.

243. Nuestro sabio levanta ante nosotros nuevos obstáculos. «Empiezo, dice, por describir esta noche de dolor, la que proporciona á mí causa su más sólido argumento. La jóven, que se habia levantado, habiendo sentido un agudo dolor de pecho, aplicóse la imagen del venerable Siervo de Dios, y pudo gozar de un apacible sueño hasta el día siguiente, en que aparecieron los síntomas de curacion.» Sería de desear que este relato no fuese defectuoso, y que hubiese sido llamado un médico para que atestigüese con certeza acerca la naturaleza de este dolor y las circunstancias concomitantes; ó por lo menos que hubiese habido testigos menos ignorantes, y capaces de dar una idea de este dolor. En las enfermedades, dice Landré-Beauvais, no hay que juzgar de los dolores considerados aisladamente, sino que es preciso te-

ner en cuenta otras señales... ¿Había fiebre ó no? ¿Padeecía sed? ¿Cesaron las acostumbradas excreciones? ¿Cuál fué el sitio preciso, el carácter y la duración del dolor? ¿Era éste exasperado por la tos ó una respiración profunda? El vientre ¿estaba lleno ó relajado? ¿Cuál era el aspecto de la lengua? ¿Cuál era su posición en la cama? etc. etc. ¡Oh, feliz *et cetera!* Sin otra luz que esta sola afirmación tan concisa: «Experimentó vivísimo dolor en el pecho...» ¿hay médico alguno que se atreva á explicar este dolor?

244. Perdonad, nobilísimos Padres, si transcribimos hasta la última palabra los textos de nuestro sabio: el carácter de mi litigio es descubrir las ligeras sutilezas, la ambigüedad, el error, las autoridades en las que se apoya falsamente. Todas sus palabras deben ser examinadas y hechas patentes á fin de que no se crea que, para favorecer nuestra causa, las hemos desfigurado ó por lo menos mal interpretado. Así, son capciosas estas palabras: *La prueba más concluyente de la tesis se refiere al dolor.* Sabido es que no se produce en todos los tísicos un dolor sobrevenido de improviso; aun es rarísimo, y no puede constituir un signo patognomónico de la tisis; es más bien una señal de muerte si sobreviene cuando la enfermedad toca á su fin. Ya hemos dicho que nuestra joven padecía una tisis real y confirmada que la conducía á la muerte: todos los síntomas patognomónicos de la enfermedad subsistieron y se desarrollaron hasta el fin: cada cual ve, por lo tanto, que este dolor de pecho puede añadir un nuevo brillo á la demostración de la gravedad de la dolencia, que es una prueba muy fundada de la tisis, y que tenemos derecho de llamarla *un argumento muy poderoso de nuestra tesis.*

245. Asimismo es capciosa esta frase: *¡Quiera Dios que no sea defectuosa esta relación de la enfermedad!* Como si los testigos sólo hubiesen hecho mención del dolor sin decir cosa alguna de la enferma y de cada uno de los caracteres de la dolencia. Es también capciosa y puesta adrede para inspirar la sospecha y la duda esta frase: *¡Ojalá se hubiese llamado al médico para testificar con seguridad acerca la naturaleza de este dolor y de las circunstancias concomitantes!* ¿Podía llamarse á un médico instantáneamente? ¿Fué el dolor de larga duración cuando, apenas declarado, desapareció con la enfermedad por la aplicación de la santa Imágen? El juicio del médico acerca la naturaleza del dolor, ¿qué podía añadir á la certeza

del síntoma, del que no puede juzgarse sino según la paciente? No son menos capciosas esas innumerables preguntas acerca el estado de la enferma. Algunas son completamente inútiles. La exposición da la respuesta á muchas otras. A menos de que hayamos perdido hasta ahora tiempo y trabajo, creo que queda ya establecido que la joven estaba atacada de una tisis bien confirmada. ¿Quién, pues, apareciendo el dolor y sus síntomas con evidencia, para juzgar del carácter del mismo preguntará cuál es y su lugar preciso en el pecho? si el vientre está lleno ó relajado, y cuál era el aspecto de la lengua? La exposición satisface á las otras preguntas, como lo prueba la existencia de la fiebre, la tos, la sed y la necesidad de guardar cama. ¿Fué el dolor exasperado, aumentado por la tos ó una respiración profunda? Ni el médico ni nadie hubiera sido capaz de asegurarse de ello, puesto que el dolor desapareció al momento de producirse.

246. Es completamente extraña al asunto, y desfavorable á nuestro sabio crítico, la autoridad de Landré-Beauvais, al decir: «en las enfermedades no hay que juzgar de los dolores considerados aisladamente, sino que es preciso ilustrarse con otras señales,» palabras á las que se añade la observación siguiente: «Ningun médico querría explicar la aparición de este dolor si no se apoyase en algunas indicaciones. Esta observación está fuera de lugar, pues no tenemos que juzgar de un dolor considerado aisladamente y no estamos desprovistos de las indicaciones necesarias. Estas palabras combaten la tesis de nuestro sabio, porque si no le está permitido al médico juzgar sobre un dolor aislado, se condena á sí propio. Pues ¿por qué separa este dolor del progreso de la enfermedad, que, nacido de la retrocesion del virus morbiloso, determinó la peripneumonía, y por ésta la supuración y la ulceración pulmonar? ¿Por qué la separa de la fiebre lenta, de la tos seca, de la ortopnea, de los espantos saniosos, de los sudores, de la diarrea colicativa, de la hinchazón de los pies y del total enflaquecimiento del cuerpo? Si hubiese juntado este dolor súbito del cuerpo al desarrollo conocido de la enfermedad y de todos esos síntomas, para explicar su carácter, no hubiera tenido que recurrir, como lo hace más abajo (esto es de su invención), á las flatuosidades excitadas por las pocas cerezas y gulsantes que su madre le *dió dos días antes*, cuando, faltándole casi el aliento, salió de la iglesia de Santa María de los Montes.

Tomados en tan pequeña cantidad, tan sólo para humedecer la boca, no podían excitar flatuosidades, ni las excitaron aquel día y la noche siguiente. Al contrario, supuesta la existencia de un pus acre en las úlceras pulmonares hubiera advertido que esta opinión de Bursar se inclina á nuestra tesis (1). De vez en cuando sucede que sobreviene al tísico un dolor agudísimo en el costado afectado, dolor sin remedio alguno. El humor penetra la pleura y la roe; excita los nervios que serpentean en esta pleura lo mismo que los músculos adyacentes. Este conocimiento nos lo proporciona la disección de los cadáveres. Baglivi, ya citado en otra parte, está de acuerdo con él (2): En los tísicos si sobreviene un dolor vivo repentinamente en el costado, en breve sucumbirán en el delirio, les postra una fiebre extraordinaria, y mueren pocos días después.

247. Nuestro sabio pretende que esta cita es inútil, porque aquí el autor habla de la tisis tuberculosa, y afirma que este dolor sólo es mortal cuando concurren las otras circunstancias precitadas. Estas circunstancias son las siguientes: (Los enfermos, sintiéndose bien por otra parte, empiezan á respirar difícilmente. La dificultad de la respiración aumenta insensiblemente. Entonces no tosen ni escupan cosa alguna, sienten en el pecho un dolor continuo; no pueden acostarse del costado enfermo, sufren una tos seca, etc., etc. Ahora bien, estos síntomas difieren completamente de los que experimentó María Rosa.)

248. Aquí se esconde una nueva astucia. Desde el principio de esta disertación hemos demostrado, por las reglas médicas, que todas las tisis en el primer período presentan evoluciones diferentes y síntomas diversos, según la causa que ha ocasionado esas enfermedades; pero que llegadas al período de supuración, esas tisis se confunden tanto, que no puede distinguirse una de otra, porque la supuración presenta siempre los mismos caracteres. Para distinguirlas hay que tener en cuenta las evoluciones anteriores de las que cada una toma su nombre. Ahora bien, es cierto que Baglivi habla de un dolor de pecho en los tísicos, esto es, en aquellos que están atacados de una tisis, cuya condición es la misma para todos. Mas, aunque atribuye esta complicación nominalmente á la tisis llamada tuberculosa, no se sigue de ahí que no se la pueda exten-

(1) De morb. pect. § 61.

(2) Prax. méd. lib. 1. 2, cap. 8, num. 3.

der á las otras tisis confirmadas que presentan las mismas condiciones, sobre todo enseñándonos Bursar claramente que este dolor proviene de la acidez de la sánies saliendo de las úlceras pulmonares y atacando la pleura. Esta acritud, en efecto, es la misma en toda úlcera pulmonar, procede de tubérculos ó de cualquiera otra causa, por el mismo modo de supuración.

249. Los síntomas que Baglivi pone en primera línea no son otra cosa que un principio de tisis tuberculosa en estado latente, cuyos caracteres sería absurdo buscar en una tisis secundaria y aguda como la nuestra. El autor los recuerda y expone para determinar la naturaleza del dolor sobrevenido, porque en su tesis acerca la tisis tuberculosa, si faltasen dichas condiciones, no habría tisis, no se trataría de tisis sino de otra enfermedad, de donde resulta que no sin razón hemos citado á Baglivi; su autoridad presta á nuestra tesis firmísimo apoyo.

250. Hacemos caso omiso de las observaciones y autoridades relativas á las flatuosidades, y tambien de esta breve nota: Si no se admiten estas flatuosidades, y aquí evidentemente era preciso rechazarlas, no faltarían otras causas para explicar la razon de esta exasperacion súbita de la enfermedad. ¿A qué no se permite uno recurrir cuando se está decidido á rechazar una proposición evidente? Que se señale un tísico reconocido como tal por todos los médicos; que la naturaleza de su enfermedad sea tan clara como la luz del día por la evolución completa de la dolencia ó por todos los síntomas, ¿no será fácil negar la tisis é ir á buscar en otras partes las causas de cada fenómeno en particular? Haced caso omiso de la evolución de la enfermedad, dejad á parte los síntomas, y ya no se habla más de tisis. Acaso la fiebre, la sed, el enflaquecimiento, la respiración difícil, la tos y la debilidad, consideradas separadamente, serían especiales de la tisis? ¿No pueden pertenecer asimismo á otras enfermedades? ¿No pueden reconocer otra causa que la úlcera pulmonar? Mas aún: los esputos purulentos, abstracción hecha de otros síntomas, únicos que determinan seguramente su naturaleza, ¿no pueden confundirse con los esputos puriformes, é inducir al médico á error? Una enfermedad es el conjunto de estos síntomas que una larga observacion nos muestra produce los mismos efectos en su principio, en su desarrollo, en su vigor, en su declinacion y en su término (1). Si uno hace abs-

(1) Gallen de subfigur. emptr. cap. 6.

traccion de ello, nunca conocerá la enfermedad. Hé aquí una tisis cuyo progreso y todos los caractéres patognómicos á la vez demuestran su evidencia. ¿Qué juzgar, pues, de aquel que separa de los otros un síntoma particular y familiar á la naturaleza de esta dolencia, para esforzarse por adivinar de dónde pudo proceder este síntoma? Cada síntoma considerado *in abstracto* puede nacer de otra causa que de la enfermedad en cuestion. Nadie lo disputará. No es esta la cuestion. Hemos de investigar si este síntoma concuerda con la enfermedad presente, si hay conexi6n con los otros síntomas, si puede proceder y procede comunmente de la malignidad de la dolencia, si se presenta una causa extrínseca evidente y suficiente, que obliga á atribuirla á su ecci6n más bien que á la enfermedad. Si falta esta causa, si todos los síntomas concurren á la vez á afirmar la gravedad de la dolencia, ciertamente á ella habria que atribuir este súbito dolor.

251. Son á todas luces extrañas á nuestro asunto las pruebas que nuestro sabio crítico pide á muchas autoridades, con el objeto de demostrar la utilidad de los dolores en las enfermedades que paralizan la fuerza sensitiva, ó que debilitan sobre todo ciertos órganos. Ahora bien, para nosotros no se trata de la debilidad de ciertos órganos ni de la parálisis de la fuerza sensitiva, ni de la gota, ni del hístico ó de cualquier otra afecci6n nerviosa, sino de úlceras pulmonares. A la verdad, nunca soñó nadie que un súbito dolor en el pecho pueda evacuar la supuraci6n, cerrar, consolidar y curar llagas.

252. Mas esta discusi6n prolifa respecto al dolor de pecho al que nuestro sabio crítico ha consagrado tres inmensos párrafos, y la opini6n formulada por él de que este dolor es el más espléndido argumento de su tesis, nos demuestran la importancia que da á este síntoma. Descartado este dolor, la tisis confirmada y precipitándose hácia la muerte, quedará atestiguada por la historia de la enfermedad y por todos los síntomas. A estos últimos aña de un dolor cuya certeza no ha podido poner en tela de juicio, y del que no ha podido negar que por su naturaleza conviene muy bien á este género de enfermedad, cuyo origen ha buscado inútilmente en una causa desconocida ó bien en algunas cerezas, ó guisantes, comidos dos días antes, cuya perseverancia y gravedad no ha sabido poner en duda sino invocando la utilidad de los dolores en enfermedades muy extrañas á nuestro caso. Este dolor que

acostumbra presentarse en el último periodo de la tisis, que está estrechamente unido con los otros síntomas, que tiene su causa natural en la acritud del pus de las úlceras pulmonares, este dolor, digo, que produciéndose en nuestra jóven tan postrada, inmediatamente antes de su curaci6n, no es en manera alguna necesario para consolidar nuestra tesis; aumenta sin embargo de una manera asombrosa el peso de las pruebas aducidas, y muestra con evidencia la malignidad de la dolencia hasta el fin.

253. Terminamos aquí el sexto capítulo de nuestra disertaci6n, en el que abordámos primero la discusi6n acerca el estado real de la enferma, la que en vez de mejorár, fué constantemente empeorando. Luego examinando cada uno de los remedios en particular, hemos patentizado su eficacia, y aun con frecuencia su inoportunidad y mal efecto. Los hemos considerado en sí mismos ó bien empleados en tales ó cuales condiciones. Por último, considerando los síntomas uno tras otro, hemos expuesto su continuidad, su malicia y su acrecentamiento; y habiendo así puesto fuera de duda la continuaci6n de la dolencia en su totalidad hasta el fin, no nos resta más que tratar del prodigio y de la curaci6n.

¿Fué instantánea, perfecta y durable la curaci6n de Maria Rosa?

254. Si un punto hay acerca el que no quepa la menor duda en esta causa, es ciertamente el prodigio de la curaci6n. Sabemos el estado en que se encontraba la enferma al principio de la tercera noche; veamos lo que sigue.

«Apenas me habia acostado, dice la madre, cuando la jóven me llamó con un grito agudo, diciéndome que le aplicase la mano al pecho, porque sentia en él vivísimo dolor. Atemoricéme, creyendo que iba á morir; y en vez de ponerle la mano, hé aquí lo que hice. Habia á la cabecera de la cama una imágen de Benito José; toméla y la apliqué en el sitio en que la jóven decia que experimentaba dolor tan grande, diciéndole: Toma, hija mia, esta Imágen: encomiéndate á él; Benito José puede socorrerte. ¡Dios quiera que lo haga! Aplicada la Imágen, la jóven se tranquilizó, y aquella que la noche antes no podía dormir, que estaba siempre inquieta, que se lamen-

taba de continuo y que tenia siempre necesidad de beber, no la oí quejarse más.»

Elena Mariani y la prima de la miraculada refieren lo mismo: declaran abiertamente que desaparecieron de repente la sed y la tos continuas y la ortopnea, cosas incompatibles con un sueño tranquilo: así es como con los efectos desapareció la causa, es decir, la enfermedad misma.

255. Efectivamente, al despertar por la mañana exclamó gozosa que estaba curada, y que no tenia ya nada; y al instante dió una prueba evidente de esta curacion, no menos súbita que perfecta; «pues en lugar de vestirla de piés á cabeza, como acostumbraban hacerlo y sentarla, porque no tenia fuerzas para moverse y andar, esta mañana se vistió sola y empezó á andar mas aprisa que yo,» dice la madre; á lo que la prima añade: «Ya no estaba inquieta ni tosía, ni se quejaba de dolor alguno; habia recobrado sus fuerzas y colores, y en suma parecia que nunca hubiese estado enferma, pues decia que tenia mucha hambre, y comió con buen apetito de todo lo que teniamos.»

256. Esto por lo que se refiere á la casa; pero habia que dar acciones de gracias á su celestial Patron por un beneficio tan grande, lo que fué una nueva prueba de esta curacion milagrosa. «Volvimos, dice Elena Mariani, á Nuestra Señora de los Montes, para dar gracias á nuestro Bienhechor, y por las calles no sólo la jóven no tenia necesidad de ser sostenida, sino que hasta se nos adelantaba; lo mismo hizo en la indicada iglesia, pasando por en medio de la apinada multitud y corriendo hácia el sepulcro del venerable Siervo de Dios.» A esto añade la prima: «Cuando salimos de la iglesia, su madre y yo queriamos sostenerla, como hacíamos antes; mas ella nos dijo que no queria apoyo, que estaba curada y no lo necesitaba, y efectivamente, más ágil y suelta que nosotras, se nos adelantaba y no podíamos seguirla; por la calle decia que tenia hambre, y le compramos cerezas y guisantes.»

257. Todo esto demuestra con claridad la cesacion completa de la dolencia y la completa recuperacion de todas las fuerzas, como lo demostró más y más el regreso á Mazzano. «El mismo dia volvimos á Mazzano, dice la prima, y la jóven por el camino no sólo no tuvo ya necesidad de que la sostuviesen en el jumento, sino que ni siquiera quiso montar, y fué á pié: fuera de la puerta An-

gética caminó dos millas á pié, más ágil y airosa que nosotras.» «La jóven montó por sí misma en el asno, dice la madre; quise ayudarla, pero lo rehusó, diciéndome: Estoy curada, me bastó á mí misma y no tengo necesidad de nada: en efecto, durante el camino nada necesitó, y no fué preciso sostenerla ni darle de beber, porque estaba verdaderamente curada y se sentía con fuerzas.» La prima dice por su parte: «En todo el camino no dió señal alguna del mal pasado; sólo pedía á menudo de comer, porque decia tener hambre: nos detuvimos en la Storta, donde comió con mucho apetito.»

258. La verdad de las palabras de los testigos, afirmando no sólo que la jóven estaba perfectamente curada, sino de tal suerte restablecida que parecia que nunca hubiese estado enferma, resulta tambien de la admiracion que excitó en Mazzano. «Al llegar á Mazzano, dice Elena Mariani, cuantos la vieron quedaban estupefactos. Todos al ver á María Rosa se transportaban de alegría, dice la prima, y preguntaban si ella era María Rosa? ¡No parece la misma! ¿Cómo ha sido esto? Todos estaban llenos de estupor: el cirujano, el arcipreste el vicario, los demás sacerdotes (por lo tanto, no únicamente la gente del pueblo); y cuando digo todos, párceme digo bastante. No habia quien no confesase que únicamente un santo podia haber curado á María Rosa, y curarla de tal suerte que hubiese recobrado todas sus fuerzas, sus colores y aun sus carnes.» Entre los que salieron á ver á María Rosa, Francisca Maggiori refiere en los siguientes términos su admiracion y la de los demás, lo mismo que las pruebas de perfecta salud que dió la jóven: «Llena de contento, corrí á su encuentro con tanta precipitacion, que recuerdo de una caída. Salí á su encuentro con muchos otros y cuando la vimos quedamos estupefactos. Caminaba con aire y agilidad: estaba fuerte; los colores de su rostro eran hermosos, y parecia que nunca hubiese estado enferma; y adviértase que caminaba, no en un terreno llano, sino por una rápida cuesta. Todos la precedíamos embargados de gozo, y nos decia: ¡Estoy curada! ¡estoy curada! y decia verdad; porque estaba perfectamente como antes de caer enferma; y cuando llegó cerca de la casa de mi tia, le gritó desde la calle: ¡Tia, estoy curada! y al instante corrió á la escalera para dejarse ver.»

259. Ahora, si la prueba del milagro estriba por entero en el alejamiento súbito y sobrenatural de la vehemencia

de la enfermedad, de tal suerte que no pueden oponérsele sino la palidez, el enflaquecimiento, la debilidad y las otras consecuencias, pero no los síntomas; ¿qué deberá pensarse de una curación por la que desaparece no sólo toda la enfermedad con sus síntomas, sino también con sus consecuencias, hasta el punto de que la enferma, después de tres meses de una enfermedad mortal, parecía que nunca hubiese padecido? No es esto todo, porque aunque el asma convulsiva que había sufrido siempre la enferma, no formaba parte del milagro, desapareció también. El médico afirma que la vió completamente cambiada, y en un estado de salud óptimo y floreciente; y, lo que es más aún, estaba libre del asma convulsiva que por lo común la atormentaba antes de caer enferma.

Si una curación que llega hasta hacer desaparecer las consecuencias de la enfermedad, y aún las afecciones que no eran objeto del milagro, no es perfectísimo, ignoraríamos qué curación habrá que lo sea.

260. Su salud no fué menos duradera que perfecta, puesto que, apenas curada, empezó á dedicarse á los trabajos de la casa y del campo proporcionados á su edad, como si nunca hubiese estado enferma. En lo sucesivo se encontró muy bien y no sufrió mal alguno. Y eso no durante brevisimo tiempo, pues desde la edad de quince á veinte años que permaneció doncella, iba por Mazzano alegre y ágil: contaría unos veinte años cuando se casó con Juliano Rannucci, con quien vivió cuatro años gozando de perfecta salud. «La tomé por esposa, dice éste, y viví con ella cuatro años: fué dos veces madre, y nunca se encontró indispuesta. Soportaba todas las fatigas de la casa y del campo, como las demás personas de nuestro estado y condición, sin quejarse de mal alguno ni de la menor incomodidad.» Su muerte fué tan extraña á su enfermedad de pecho, que á nadie le pasó por las mientes concebir sospecha alguna respecto á esto, pues, como dice su marido: «Cuando murió fué á consecuencia de un parto... de un alumbramiento desgraciado á los ocho meses de embarazo.» Su madre, su prima y Francisca Maggiori refieren lo mismo: «Murió después de tener dos hijos... murió en su segundo parto... Nunca se encontró mala, y cuando murió fué de parto.»

261. Creemos que nadie pondrá en duda la perseverancia de esta curación. Nunca los trabajos del campo ó de la casa, un alimento grosero, los sufrimientos de una mu-

jer en cinta, de parto ó de ama, produjeron en el espacio de nueve años la más ligera reminiscencia de su antigua enfermedad. Su muerte procedió de una causa muy extraña á ésta. La perfección y la instantaneidad de la curación son evidentes. Luego no cabe dudar, después de todas estas razones, de que hubo un brillantísimo milagro. Veamos las objeciones que pueden suscitarse contra una curación tan prodigiosa.

Solucion de las objeciones.

262. El punto de partida de esta breve discusión es el reparo crítico que nuestro adversario funda en una observación de la Enciclopedia popular, donde se lee: «No son raros los casos de suspensión de los síntomas de la tisis, durante un largo periodo de meses y años, sin que el enfermo pueda decirse curado:» sobre esta observación duda que María Rosa curara realmente, y esta duda parece autorizada: 1.º por la brevedad de la dolencia; 2.º por el estado de juventud floreciente de la enferma; 3.º por el exámen poco detenido que hizo el médico de la salud recobrada; 4.º por la muerte tan próxima de la curación; 5.º por la ignorancia de la causa de esta muerte.

263. Examinemos ante todo el sentido del texto en que se funda la objeción. Las palabras en sí mismas nos enseñan que no se trata de tisis secundarias y agudas; pues si éstas por su naturaleza no pueden prolongarse durante largos años ni siquiera muchos meses, ¿cómo admitir treguas que hubieran durado una larga serie de años ó meses? Lo que sigue demuestra con toda evidencia que el autor sólo quiso hablar de tisis muy largas. «Se deberá sin embargo considerarlo atentamente, antes de dar por curado un individuo que haya presentado síntomas de tisis, puesto que en la tuberculosa (hace mención de la tisis tuberculosa porque es la más larga de todas, aunque no faltan otras tisis muy largas) no son raras esas treguas, á las que sucede en seguida súbitamente la catástrofe.» Luego es evidente que el autor habla de tisis crónicas, mientras que nosotros nos referimos á la secundaria y aguda, y por consiguiente más breve. Una tregua de muchos años y aún de muchos meses no puede convenir al caso actual, y las autoridades aducidas prueban contra nuestro adversario.